



## IX Concurso de Relatos Cortos

*“Memorias y Cuentos del Moncayo”*

Grisel, 2007

**CATEGORÍA ADULTO: Segundo Premio**

**Relato premiado: *“La tesis y el Monasterio”*.**

**Autor / a: Faustino Gracia Barrachina. Vitoria.**

## LA TESIS Y EL MONASTERIO

### I

La carta procedía del Ministerio de Educación y Ciencia. Los dedos largos y morenos de Luisa rasgaron el sobre con nerviosismo: *“De acuerdo con la solicitud presentada al Ministerio de Educación y Ciencia a través de la Comunidad Canaria (Departamento de cultura), el comisionado de becas a acordado otorgarle la ayuda precisa para examinar in situ los documentos latino-romances (Siglos XII –XIII) depositados en el archivo del Monasterio de Veruela o el Archivo Histórico Nacional, en los que según manifiesta la petición, basa la tesis doctoral de estudio morfosintáctico de los mismos...”*.

Para una joven licenciada y poco viajera procedente de las Islas Canarias, donde la Naturaleza derrama primavera eterna y llena los espacios de alegres tonos y tintes de lava, el poder venir a una tierra tan distinta a completar la tesis y la posterior obtención del Grado de Doctor en Filosofía y Letras, la hacía feliz. El tema elegido, algo extraño, con escasas posibilidades de desarrollo en las Islas la tenía obsesionada, y por consejo de su director

curso la solicitud de investigación directa en el Monasterio de Veruela; hoy le traía el cartero aprobada la demanda.

## II

Y cierto día de finales de invierno se puso en camino. En poco más de dos horas un avión 747 de Iberia la trasladó desde su natal Tenerife a Madrid. Tres fechas más tarde, previos trámites en el Ministerio de Cultura para que todo estuviese en orden, tomó un tren de plateado aluminio con tapicería azul y atravesando limpiamente las tierras austeras de Castilla y Aragón – insólito contraste con las volcánicas canarias- se apeaba en la estación ferroviaria de Tudela de Navarra. El autobús de línea regular la situó en Tarazona, y el taxi final, ante las puertas claveteadas del monasterio.

Era colofón viajero y a la vez comienzo de andadura en aquella especie de fortaleza cercada por la pequeña muralla de piedra ocre en perfecto estado, abierta en su mitad con el imponente portón en torreón medieval, a una avenida arboleda con final en la iglesia del siglo XII. Jamás había estado allí antes, pero lo reconoció por el viento intenso, la sequedad de los árboles y la presencia en el ambiente de un extraño velo que hacía que las cosas pareciesen misteriosas. Así se lo había descrito el mentor de tesis, buen conocedor del lugar, quien le aseguró se trataba de un sitio precioso cargado de leyendas y aromas de pino, que nada tenía que ver con el olor pringoso de los bronceadores turísticos en las playas isleñas.

Respiró profundamente, llenó de aire los pulmones, ¡lo había logrado! Podría consagrarse a la investigación y olvidar todo lo demás, incluida su incapacidad para conseguir enamorarse de verdad.

Arrastró las dos pesadas maletas hasta la oficina de atención a visitantes, se identificó primero con su documentación para luego mostrar la carta con el correspondiente permiso de ocupante –si era posible- de una de las celdas de la antiquísima hospedería en desuso, anexa al claustro:

—Esta celda que domina el claustro, dicen, fue ocupada por el más romántico de nuestros poetas, Gustavo Adolfo Bécquer, allá por el año 1863. El soñador empedernido, lo llamo yo. ¿Conoce su obra? –le preguntó la muchacha que la acompañó amable a instalarse en lo que sería su alojamiento.

Al afirmarle que lo había hecho en su época de instituto y que aquí volvería a revivir en alguno de sus descansos, continuó la acompañante:

– Como le decía, es la habitación que se conserva mejor de las tres que subsisten, pero va a pasar mucho frío. Esto no es Canarias. Si necesita encender la chimenea, podemos proporcionarle leña. El archivo está abierto para los estudiosos hasta las ocho de la tarde, cuando precise más tiempo le rogamos nos lo comunique. Según la autorización concedida por el Ministerio y la Diputación provincial, puede disponer de las dependencias a su antojo. No obstante, en nuestra obligación de cuidadores entra el vigilar se haga buen uso de todo el patrimonio que encierra el monasterio -hizo intención de abandonar la estancia, pero recordó algo y se volvió para decir-. Al otro lado de la carretera por la que usted ha llegado, hay un restaurante...También si lo desea, puedo mostrarle ahora mismo, los claustros gótico y renacentista que comunican con la sala capitular, el refectorio, el scriptorium y el archivo...

Antes de responderle afirmativamente, echó un vistazo a su alrededor. Le habían asignado una celda grande en regular estado, de vigas carcomidas y las paredes de ladrillo cubiertas de yeso; estaba decorada con una cama de forja, mesilla, armario y dos anaqueles polvorientos. Delante del hogar apagado, un par de sillas al amparo de la tosca mesa de madera completaban todo el conjunto completo. El tiempo parecía detenido en aquel rincón, el mobiliario y disposición poco habían cambiado en siglo y medio; la única nota de progreso era la corriente eléctrica. Desde el amplio ventanal se contemplaba la enorme mole altiva de una montaña nevada hasta más de la mitad, que de algún modo le recordó al querido Teide. No era mucha la comodidad de la celda, tampoco le importaba demasiado pues aún con las carencias, aventajaba al poeta que según dijo la muchacha la ocupó y del cual poseía una biografía: él escribía allí mismo a la luz de los velones o el candil, ella gozaba de poder tener un ordenador.

Sin deshacer el equipaje aceptó gustosa la invitación y siguió a la guía. Amable fue poniéndole en todos y cada uno de los detalles. El periplo terminaba en el archivo, objetivo principal de su viaje. Le mostró dos viejos armarios de puertas acristaladas e introdujo con sumo cuidado en el primero de ellos, una llave:

—Estos armarios —dijo— guardan libros y pergaminos de los siglos XII y XIII. Según los entendidos son documentos de inestimable valor y por lo tanto se deben tratar con sumo cuidado. Los dejo en sus manos y le ruego que como dice la autorización, cada día, después de su trabajo devuelva la llave a la oficina. Gracias y feliz estancia entre nosotros.

Se despidió llena de buenos deseos y la reiteración de ayuda para cuanto fuese preciso

El archivo no demasiado grande, disponía de luz natural suficiente e incluso calefacción. No parecía dotado en exceso, pero sí era tan acogedor como para poder trabajar a gusto en media docena de mesas individuales, bien dispuestas.

Al quedar sola, empezó a acuciarle la extenuación del viaje y sintió deseos de descansar. Tomó un café en el restaurante que le habían indicado, devolvió la llave y se retiró a la celda para deshacer el equipaje, colgar los numerosos libros en los anaqueles y acostarse. Al abrir las maletas tuvo la rara sensación de que alguien la miraba con detenimiento recorriéndole inquisitivamente de arriba abajo su figura frágil, pero...

No fue ningún obstáculo la dureza del lecho, cerró los ojos y un sueño sutil la invadió en medio de la soledad, mientras, el cierzo azotaba la contraventana que había olvidado cerrar y la obligaba a envolverse aterida entre las mantas que poco a poco, calentaron su cuerpo.

### III

Despertó relajada. Un improvisado té fue suficiente materia energética para abrirla el camino hacia el archivo. No quería dejar escapar ni un solo minuto de los que le brindaba la mañana templada y luminosa. Recogió la llave y salió hacía allí. La sala desierta, tentadora, parecía invitarla a hurgar en la maraña. Tomó la primera carpeta para sentarse en la mesa más cercana a la luz natural imprescindible para la catalogación caligráfica de los vetustos pergaminos. Emocionada, como el pirata que abre la tapa del cofre que acaba de robar, soltó las empolvadas cintas ahorcadoras del cartapacio; constaba de dos pliegos en buen estado escritos en minúscula que clasificó como de letra diplomática latina, fechada en Tudela en enero de 1157. La concentración absoluta la llevó, después de varias consultas, idas y venidas a otros libros a la

conclusión: "El rey Sancho VI de Navarra, tomaba el monasterio de Veruela bajo su protección, concediendo además que los rebaños de éste puedan pacer libremente por Navarra y eximiéndoles de ciertos tributos".

Esto parecía aclarar el carácter fronterizo que tenía el monasterio en las monarquías de Aragón, Navarra y Castilla, y por lo tanto el surgir de la codicia de unos u otros, además de ser origen de combates guerreros entre los señores feudales que arrastraban al pueblo llano con sus disputas. Pero ella no estaba allí para contar historia, sólo escritura.

Después del almuerzo dio los primeros paseos bajo la luz de marzo por los alrededores del restaurante. El paisaje mágico de la blanca serpiente nevada de la cordillera Ibérica, la llevaban a imaginar situaciones de hombres y mujeres que convivieron con todo aquello durante los años que trataban los documentos.

Cuando más tarde cavilaba en la mesa del archivo frente a otro de los pergaminos del año 1165 escrito en minúscula carolina, pudo leer: "carta de compra de piezas de tierra en Villamayor por el monasterio a un precio pactado con los propietarios Ramón y Pedro Garcés".

¿El convento convertido en agencia inmobiliaria? Aunque no le extrañaba demasiado, hoy en día en plena evolución de lo comercial por encima de todo, le parecería más normal.

Al llegar a la celda, encontró la grata sorpresa de un haz de leña que ya no le faltó el resto de los días, junto a utensilios para encender la chimenea rústica; siguiendo el método intuitivo más que el práctico, pronto tuvo la compañía de un fuego acogedor que le gratificó el cuerpo y le permitió pasar los resúmenes de las notas, sin que sus dedos quedaran ateridos

Los nombres y las historias acudían en tropel a su mente cuando, otra vez muy cansada, se quedó dormida al calor de las llamas, con el libro en las manos...

#### IV

Una imagen, una insinuación apenas en la noche, fluctuó por segundos como si estuviera a punto de desaparecer. Le llegó fuerte olor a ropa antigua. Frente a los ojos, a los pies del lecho, una silueta como en diapositiva, de

largas y onduladas melenas, fino bigote, afilada perilla, chalina negra y capa oscura, la miraba arrobado y aturdido:

“Señora, observo confuso que habéis ocupado mi celda, y el antiguo posadero que tuvo a bien alquilármela por veinticinco duros anuales, me prometió que siempre, pasase lo que pasase, estaría a mi disposición, es un privilegio que nos debe incluso la historia por ser los promotores del turismo aquí. Mi hermano Valeriano y yo Gustavo Adolfo Bécquer –para servirle, señora- le hemos dado mucha gloria al monasterio. Os puedo asegurar que este lugar es más conocido, más popular por las cartas “Desde mi celda”, por las rimas o las pinturas de mi hermano, que por todos los años que lo moraron los monjes del cister. Desde esta celda que ocupáis, escribí un sinfín de misivas que publicó El Contemporáneo de Madrid y además recogen libros como el que tenéis encima de vuestro lecho. Parte de la poesía que en ese tomo figura, fue inspirada por estos bellos y sobrios parajes, la medida de los claustros en los que imaginaba a los blancos monjes en silencioso paseo, las noches de total soledad, la frialdad de estas piedras...¿Y qué decir de mi hermano Valeriano, tocado por la señal divina de la Diosa del arte...? Él recogió con sus pinceles y carbones toda la grandeza plástica del Somontano: sus gentes sencillas, sus paisajes sobrios, su encanto natural... Eran otros tiempos señora, lo reconozco. Yo acudí a Veruela en busca de la perdida salud de cuerpo y alma en el azaroso deambular por la Villa y Corte...

Se escuchó respirar jadeante para luego seguir la voz:

“Veo que estáis cansada, señora -dijo al darse cuenta que se revolvía en la cama buscando una bata que ponerse encima del pijama-. Os dejo pero prometo volver, tengo que regresar, esta es la celda que me pertenece a perpetuidad y sólo he abandonado en honor a vos y cedo mientras dure vuestra permanencia. A pesar de todo os lo agradezco ¡Tantas noches de luna he esperado para poder dirigirme a alguien que me escuchara... ! Los vivos se mueven en un mundo de luz y se olvidan de nosotros. Os pido mil disculpas por la intromisión, señora”.

Se produjo un largo silencio, como si el personaje que dijo llamarse Gustavo Adolfo Bécquer se hubiera retirado..., como si se hubiese olvidado de ella que le había escuchado con atención, cautivada en el ritmo de la voz. Aún sentía en la espalda y en la frente el largo escalofrío que le produjo aquello de

“los vivos se mueven en el mundo de la luz” ¿Era un muerto quien le habló? ¿Un ser de ultratumba? Estaba confusa y ya no sabía si se trataba de un sueño o vigilia. Todo el día de trabajo intenso, casi encerrada en el archivo removiendo viejos documentos empolvados que hablaban de lejanos pasados, ¿traía tales consecuencias? Si era un fantasma, lo era atractivo y caballeroso.

Con estas cábalas, volvió a quedarse dormida. Tenía la suficiente formación para no creer en el “arrastrar de cadenas” o representaciones del trasmundo.

La luz casi violenta del amanecer empezaba a caer, a iluminar el campanario de la iglesia. Algunos pájaros entonaban sus trinos y los primeros rayos de sol llegaban ya a la habitación. Fue un despertar martilleador, con sequedad en la boca y un pequeño mareo que le hacía ver halo irisado en todos los objetos, y corrió –saltando de la cama- a abrir la ventana para despejar el olor intenso, espeso, de la ropa vieja acumulado en la noche y a preparar el milagroso té indio que la despertara de verdad, ella nunca había recibido ni escuchado a sombras.

El libro que para llamar al sueño intentó leer referente a vida y obra del poeta, yacía en el suelo abierto en la página en la que el sopor la rindió. Al levantarlo, intuitivamente volvió fijarse en las dos últimas estrofas de la rima LXI que recogía la hoja:

Cuando mis pálidos restos  
opriman la tierra ya,  
sobre la olvidada fosa  
¿quién vendrá a llorar?  
¿Quién en fin, al otro día  
cuando el sol vuelva a brillar.  
de que pasé por el mundo  
quién se acordará...?

El té milagroso la condujo a la realidad. Bajó hasta el claustro sin importarle el frío que allí hacía, y apoyada en una de las paredes, fumó el primer cigarrillo de la mañana mientras repasaba, sin poder evitarlo, lo irreal que le había ocurrido en la noche. Confiaba que la brisa matinal azotándole el

rostro le aclarase el misterio. Las cigüeñas de la torre eclesial aún dormían, probablemente. Con la meditación se le escapó el tiempo y se hizo el momento de regresar a la labor de archivo.

## V

No volvió a pensar más en el suceso de la noche que atribuyó a la influencia de la intensa documentación que manejaba y las muchas leyendas que sobre apariciones de todo tipo circulaban. Precisamente ahora el manuscrito a poner en claro, venía a decir: “privilegio del Rey de Aragón, que los de Borja y otros lugares, no sean osados tomar moros del monasterio”.

Al lado de este pergamino encontró otro manuscrito iluminado con brillantes letras árabes. No dominaba bien tal modo de escritura pero su caligrafía tampoco le resultaba del todo extraña y pudo deducir que incluía una lista de los variados oficios que desempeñaban los moros en el monasterio, y por lo tanto, apetecibles por los señores de la ciudad de Borja y otros sitios cercanos. Además –simple deducción-, era posible que hasta existiese su compraventa. Todo el enorme pretérito incrustado entre los muros del viejo cenobio y dominios que ejerció, debía de encerrar muchos secretos. A partir de aquel instante, le nació el deseo de recorrer los lugares que recogían los pergaminos para mejor comprender alguna de las circunstancias en las que penetraba, pues en el esplendor del convento regido y ocupado por el cister debieron ser numerosísimas las ventas, cambios y donaciones de cristianos fervientes. Lo atestiguaba el texto ante ella que venía a decir: “Don Lorente dona una viña sita en Magallón a Santa María de Veruela, que entrará en posesión de la misma después de la muerte de aquel”.

O aquel otro: “donación de don García <de Araciel> i su mujer de todas las heredades i molino que tenían en Añón al monasterio”

Había más: “Guillermo de Zaragoza y su mujer María donan al Monasterio de Veruela algunas casas suyas”.

“ Doña Sobraria de Alagón y sus hijas donan al Monasterio un campo en Pinillo”

Llegó a pensar que en los alardes generosos de los cristianos, de cara al monasterio, se trataba de conseguir a cambio del regalo, un “rincón” en el cielo de Dios. Actitudes a juzgar por la historia pues ella sólo debía de

averiguar la edición y el vocabulario, los caracteres, lugares o épocas además del estado de conservación -no precisamente el mejor- después del transcurso de más de VIII siglos desde su redacción, junto al paso también de numerosas vicisitudes: guerras, expolios, incendios y desinterés administrativo.

## VI

Cuatro meses más tarde, cuando ya el verano estaba en apogeo y los calores hacían una delicia de la estancia, había acabado la labor de clasificar más de cien curiosos documentos y leídos numerosos libros judiciales sobre el régimen económico del monasterio, en los cuales podía perfilarse que aparte de la oración los monjes ejercían de notarios y eran los terratenientes más grandes en aquella zona.

Dio por terminada su misión investigadora dispuesta a pasar la última noche en la celda. A pesar del mucho frío sufrido a la llegada, sentía por ella un cariño especial, soledad y el silencio la habían sosegado. Sólo existió en toda la permanencia, la supuesta intromisión del poeta en el encuentro mágico de la segunda jornada de estancia que, olvidado, sin análisis posible, ni siquiera registró en la agenda de los sueños nacidos en su mente.

La noche estrellada de luna llena olía a resumen e invitaba a la meditación final. El día entero lo aprovechó en visitar la ciudad de Tarazona, su catedral mudéjar, sus iglesias y callejas medievales y hasta se asomó en el obispado para dar las gracias por las facilidades recibidas de cara a algunas consultas. Ya tumbada en la cama dejó vagar la mente sobre aquel mundo perdido en el tiempo, hasta que se quedó dormida...

“ Buenas noches señora. Tengo sabido que mañana abandonáis el monasterio, que la misión que os trajo hasta mi celda ha concluido y que podré volver a ocuparla. No es bueno que un fantasma respetable ande vagabundo. No he vuelto a importunaros desde el día de mi presentación, aunque reconozco, y os pido perdón por ello, he seguido vuestros pasos y he observado hasta vuestros sueños en los que he creído notar mucha entrega en el trabajo y poca al amor tan necesario a vuestra juventud.. A mí el amor me llevó a volcarlo sobre todo, en las rimas. Los biógrafos que he tenido me atribuyen amores de toda especie y padecimientos de tisis y venéreos, mas ignoran la tuberculosis de mi alma. Es cierto que frecuenté en Madrid, mujeres

de mala reputación –causa de mi fatal enfermedad de sífilis-, que me casé con Casta Esteban y que estuve prendado de Julia Espín cuya voz angelical la hizo triunfar en las óperas de Moscú y Milán. También es verdad que me dejó desconsolado y se fue con un ricachón que llegó a la alta categoría de ministro. Yo no pude competir con todo lo que apetecía en forma de honores, títulos y dineros, Julia. Todo es verdad, pero también ignoran cuál fue mi gran amor... que a alguien como a vos que inspira confianza y sentido, quiero revelar...”

Hubo un corto silencio, como si a la voz le costase seguir perdido el ritmo, dolida en sus recuerdos, como si un puñal misterioso y punzante la atravesara -¿puede un puñal atravesar la voz?- A ella se lo pareció.

“Perdonad el silencio, los recuerdos y las emociones se me acumulan. Como os decía ningún biógrafo ha acertado a adivinar cual fue el más puro y querido amor de mi periodo por el mundo de los vivos. Amor del que no pude disfrutar pues la muerte con guadaña afilada, vino pronto a buscarme...”

Veréis, lo que os cuento no es producto de la fantasía que me achacan. Todas las mañanas antes de salir el sol y confundiéndose con la algarabía de los pájaros, llegaban hasta esta celda, sacándome de mi sueño las voces de varias muchachas, arreaban los borriquillos que conducían leña y carbón al mercado de Tarazona. Era un espectáculo digno de ver por la entereza de aquellas jóvenes de Añón de airosa atavío y estrecho talle a las que no arredraba ni las grandes nevadas ni los fuertes vientos, ni los calores tórridos... en su diario e imprescindible caminar para aportar algo con qué mitigar la pobreza de sus familias, tan distintas a las melindrosas y encopetadas damas de la Corte que se agrupaban a la entrada del Teatro Real madrileño y que yo salía a ver en más de una ocasión. Un día, con el pretexto de arreglar una carga de leña, trabé conversación con la que me pareció más bella y juiciosa. Fue un dialogo sencillo, hermoso, quedé totalmente prendado mientras a ella, tampoco le fui indiferente. Vi en su mirada la bondad que no noté jamás en la de ninguna mujer de las que pasaron por mi tortuosa vida en Madrid.

Me encantaba observarla tan airosa con su largo cabello negro bien peinado y sentirla en una sonrisa o una palabra. En cierta ocasión al pasar con las demás muchachas delante del monasterio, dejó caer una cinta roja de su apretador de vivos colores que le sujetaba la cintura. La guardé a la espera de

darle las gracias. La guarde como prueba, como relicario de sus sentimientos...

Volvió a interrumpirse la voz que se había hecho cada vez más dulce y algo quedó flotando en el aire de la celda. En alguna parte de las casas alrededor del monasterio, cantó un gallo pese a que aún era noche cerrada. La voz regresó:

“Jamás la volví a ver. Hice intentos pero nunca apareció. El día que la diligencia me esperaba para el regreso a Madrid, pude enterarme que había muerto, que nunca más tendría ocasión de declararle mi amor. Estrujé la cinta entre las manos, la guarde y sentí como si una gran daga damasquina me atravesara el corazón. Ya no tuve ocasión de devolvérsela ni darle las gracias, pues un 22 de diciembre de 1870, yo también fallecí, y el Señor por mis pecados, me condenó como alma en pena que soy, a vagar por el monasterio, sin poder salir de aquí. Esta cinta virginal me quema el alma y quiero que vuelva de nuevo a María, todo pureza. Sé que le dieron sepultura en el camposanto de Añón. Hacedme la gran merced de depositarla en su tumba con el más apasionado de mis recuerdos, ella entenderá el mensaje y tal vez... ¿Lo haréis, señora? Mi agradecimiento será infinito. También os pido que guardéis el secreto. Nadie debe saber que yo quise a esa muchacha.”

Estuvo a punto de preguntar a la voz: ¿cómo la encontraré?, pero adivinándole el pensamiento agregó a su discurso:

“Estoy seguro que la encontraréis. Ahora os deseo un buen viaje mientras yo, atormentado por la vida que llevé, sigo purgando mis faltas eternamente.”

Con la palabra eternamente dejó de oírse aquello, el silencio más absoluto reinó en la sala llena de un componente de misterio de difícil comprensión. Un torbellino de sombras que le erizó los cabellos, empezó a girar deshaciéndose contra las paredes. En ningún momento de la escucha paciente –como le advirtió la voz en la ocasión anterior- trató de apretar el interruptor eléctrico.

Cuando tuvo sosiego, cuando todo volvió a la aparente calma, se atrevió a levantarse, bajar de la cama y dar la luz después de estar casi toda la noche en vela. Encima de la mesa, pegada al ordenador, se encontraba una cinta arrugada, descolorida, con olor a hiervas silvestres, dentro de una bolsita

de flecos dorados, que tomó recelosa y confusa. La miró y olió con detenimiento para después dejarse caer de nuevo del lecho, meditativa. Cerró los ojos ¡Casi dos siglos del vagar de la voz en la oscuridad con aquel pedazo de tela, guardado entre la capa! Aquello tenía tintes de verdad, no había duda y decidió con rapidez cumplir el encargo para dar reposo al espíritu de Gustavo Adolfo. Nada importaba en esta ocasión dejar de ser cerebral y razonable, pues al fin y al cabo ayudaba a un ser –o lo que fuese- espiritual que por fin, descubrió el amor

La luz del amanecer empezó a llenar el cuarto y otra vez más cantaron alegres los pájaros que anidaban en los alrededores. Se vistió, y sin pensarlo de nuevo, tomó el camino de Añón. Con paso ligero, por la empinada carretera, en poco más de una hora, consiguió llegar a las tapias del cementerio. Empujó las chirriantes y herrumbrosas puertas del pequeño camposanto. Los estrechos pasillos bordeados de cipreses -guardianes estirados hacia el infinito-, no parecían extrañarse de su presencia; recorrió los andadores con firmeza dejando la huella de sus pies en el rocío mañanero. Cuidadosamente miró las inscripciones lapidarias de los nichos sin encontrar ayuda alguna, lo mismo le sucedió con las tumbas en tierra. En el bolsillo del chaquetón, guardaba la bolsa de flecos dorados y decepcionada se dispuso abreviar y dejarla en cualquier sitio; cumpliría en parte de la misión encomendada, no podía hacer otra cosa. Ya iniciaba la salida cuando observó en un rincón de la parte derecha, en el lado que mira al Moncayo, apoyada en la pared, medio cubierta de vegetación, una antiquísima lápida de piedra redondeada por la parte superior, tan ajada de intemperie que apenas permitía leer inscripción alguna. Acostumbrada a la lectura de pergaminos y caligrafías raras, pudo tras mucho esfuerzo leer el cincelado nombre de: M A R I... G A S... 1869... El corazón le dio un vuelco, era cierto, la había encontrado ¡allí estaba o estuvo María! la del apretador de vivos colores, hasta que el sepulturero retiró los restos humanos y dejó la piedra apoyada en la pared. Sacó la cinta de la bolsa y la puso encima de la piedra. Algo a modo de responso sonó en el silencio eterno del cementerio y pareció decir: ¡TE AMABA!

Al regresar al monasterio y llegar al final de la avenida arbolada, miró – a modo de adiós- la placa conmemorativa de la estancia del poeta, en el

cenobio. La figura del hombre de letras de larga melena, fino bigote y puntiaguda perilla, le sonrió. El personaje al que tantos amores atribuyeron, parecía dichoso. Le devolvió la sonrisa con la promesa firme de guardar su secreto.

Antes de subir a la celda, respiró hondo y profundo el aire puro del paisaje inmenso, como el día que llegó.

## VII

Metió sus cosas en las maletas, recogió todos los libros colgados en los anaqueles y dejó fuera la biografía Bécquer; sería su compañero de viaje en el largo regreso a Tenerife.

Mientras esperaba el taxi que la llevase a Tudela, se sentó en la terraza del restaurante de la carretera y pidió una copa de cava para darse el pequeño homenaje de haber terminado la tesis. Al levantar los ojos y autobrindarse en soledad, una mirada azul, que le calentaba el rostro, se clavó en su pupila:

—¿Quién eres? —le pregunto con la burbujeante copa en la mano.

—Soy Gustavo Adolfo y os deseo suerte. Pronto seréis vos tan dichosa, como ahora soy yo, os lo aseguro. Palabra de fantasma.

Un año más tarde, con el doctorado en el bolsillo, y un puesto en la universidad, ella y su marido escapaban hasta el Monasterio para depositar un ramo de rosas rojas en la abandonada lápida de María, en el cementerio de Añón.